



Columna Invitada

Ana Francis Mor

empresas@eleconomista.mx

Soberanía narrativa

Empecé a masticar este concepto con una serie de artistas de diversas disciplinas hace un par de años. Si estamos hablando de soberanía energética, alimentaria, política, por qué no hablar entonces de soberanía narrativa. Me explico.

Hace unos veinte años alguien me presentó una herramienta muy útil que es el Test de Bechdel. Es una prueba que se inventó la caricaturista Alison Bechdel (como ironía) para medir qué tan machista es una película. La prueba es muy sencilla, si la película que quieres evaluar tiene al menos dos personajes femeninos con nombre propio (abundan los personajes femeninos sin nombre), si hay una escena en donde esos personajes dialoguen y el tema de conversación no es ningún hombre, entonces la peli puede no ser tan patriarcal. Les invito a que evalúen con este test sus películas favoritas de hace 20 años y verán el horror. El famoso test de Bechdel nos sirvió a las feministas para ejemplificar de manera muy didáctica el cómo nuestra presencia en la narrativa cinematográfica, estaba disminuida y limitada —y sigue estando en mayor o menor medida— a un tipo de personajes, de la misma manera que en la cultura cotidiana, los conservadurismos del mundo se han empeñado en ceñirnos a unos determinados roles. Vamos, ni Shakespeare aguanta este tamiz.

Qué pasaría si nos hacemos un cuestionario similar con respecto a México. Cuantas películas o series (porque ahora pesan mucho más las series) en donde salen personajes mexicanos, el país como escenario o como personaje, no están contando sino narrativas llenas de estereotipos que ahora nos implican hasta un riesgo de seguridad nacional.

Cuantas historias se han contado en donde solo somos narco, corrupción, violencia, machismo, sangre, desorden, muerte ¿Estoy queriendo decir que no tenemos estos problemas? Por supuesto que no. Somos un país complejo, complejísimo, con todas las contradicciones y circunstancias que me quieran decir, pero somos justo

eso, un país complejo, no somos solo maldad. Tomemos el machismo, por ejemplo: de Norteamérica, somos el país más paritario, tanto en el poder legislativo como en el judicial y el único con una mujer presidenta en su historia. En los otros países del norte de América, la presencia de mujeres en la política no pasa del 30% y nunca han tenido una mujer presidenta.

La narrativa cinematográfica trata muy mal a México y como muestra reciente Emilia Pérez. Pero no es de sorprenderse y tampoco es reciente, al contrario, es de origen. Cuando España comenzó su colonización, Tenochtitlan era la ciudad más grande del mundo, con doscientos mil habitantes. Nada más el diseño urbano, manejo de basura, agua y sanidad, era muy superior al de muchas ciudades europeas.

¿Y si llevamos 500 años escuchando que nuestras culturas son menores, cuántos años llevamos viendo en el cine, en las series, en la narrativa audiovisual, que nuestras culturas son menores, podridas, que no tienen salvación?

¿Qué les digo? Soy de esa generación que creció viendo películas en donde los rusos eran los malos de Malolandia y solo querían acabar con los buenos de Buenolandia, que además eran guapos, libres y todos hombres, por supuesto. Luego con la perestroika, los rusos ya no eran tan malos y entonces mejor los árabes, todos terroristas, por supuesto. Luego quien sabe cómo empezamos a aparecer los mexicanos como los malos de Malolandia. La cosa es que los buenos de Buenolandia tienen bases militares en todo el mundo, unas broncas de adicción de ahí te encargo, la policía más cruel del planeta y de corrupción ni hablemos. Sin mencionar que hacen guerra a la menor provocación.

Comprenderán que no me salen las cuentas.

¿Qué tanta narrativa tenemos de lo que sí somos? Ahí está el detalle chato, diría el Cantinflas de las películas de blanco y negro.

Ana Francis Mor

#SuSecrechula